594

AMOR Y FE

EPISODIO HISTÓRICO-DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

escrito con motivo
del cuarto centenario del descubrimiento de América
para ser representado
por los alumnos de la clase de Declamación
del Conservatorio Nacional

ORIGINAL DE

EMILIO ÁLVAREZ

(Obra publicada en los *Anales de la Universidad de Chile)*

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
—
1892

7

A la Sra Doña Gabriela Romero,
su cariñoso amigo
Emilio Alvarez

AMOR Y FE

AMOR Y FE

EPISODIO HISTÓRICO-DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

escrito con motivo
del cuarto centenario del descubrimiento de América
para ser representado
por los alumnos de la clase de Declamación
del Conservatorio Nacional

ORIGINAL DE

EMILIO ÁLVAREZ

(Obra publicada en los *Anales de la Universidad de Chile)*

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73

1892

Esta obra es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito exigido por la ley.

AL SEÑOR

DON DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR

En testimonio de constante y profunda amistad,

EMILIO ÁLVAREZ

PERSONAJES		ALUMNOS
CATALINA (india).	STA.	VILLEGAS
MIGUEL DÍAZ (soldado). . .	SR.	PEREZ
BARTOLOMÉ COLÓN. . . .		CHACON
GUARIONEX (indio)		DAVAGNINO
RUIZ (soldado).		CAMPUZANO
CRISTÓBAL COLÓN. . . .		CUADRA
UN FRAILE.		

Soldados, Indios

La acción tiene lugar en 1496 (1)

---

(1) Siendo este un trabajo puramente teatral, el autor ha procurado conservar en él todo el carácter histórico y local posible convenientemente alterado en alguna ocasión para los efectos escénicos.

ACTO ÚNICO

Interior de un cuartelillo rústico en la isla de Jaragua. Una ancha puerta en el fondo, y otra en primer término, izquierda. En primer término, derecha, ventana con reja. Dos taburetes y una mesa de madera toscamente labrada. En un ángulo del fondo una gran alacena. Fondo de espléndida vegetación.

La escena se halla iluminada por la luz de una sola lámpara colgada en el muro de la derecha, y debajo de una imagen de la Virgen.

ESCENA PRIMERA

GUARIONEX, RUIZ, SOLDADOS

Al levantarse el telón, Ruiz, con un grupo de soldados, aparece, murmurando todos una oración, á los pies de la imagen, acompañada de una suave melodía en la orquesta, á cuyas últimas cadencias se incorporan haciendo la señal de la cruz, y desapareciendo por el fondo, excepto Ruiz.

UN SOLDADO (Dentro.) ¡Atrás!
OTRO ¡Afuera!
OTRO ¡Atrás, digo!
GUAR. Yo puedo entrar.
SOLD. ¡No!
GUAR. ¡Mil rayos!

606933

RUIZ ¿Qué alboroto es ese? (Acudiendo al sitio.)
GUAR. ¡Nada! (Presentándola.)
Orden del Adelantado.
RUIZ (Después de examinar el papel.)
Está en regla.
GUAR. (Avanzando.) Esa canalla
quería cerrarme el paso.
RUIZ Tén esa lengua.
GUAR. No quiero.
RUIZ (Con la acción precisa.) Habla más, y te la arranco!
GUAR. (Entre dientes.) No es eso tan fácil.
RUIZ Qué?
GUAR. Licencia corriente traigo
para entrar, sin que esa chusma
lo impida.
RUIZ Pues voto al diablo,
por eso entraste; más pon
tono y mesura en el labio,
que no la traes para hablar
sino bajito y despacio.
Y por cierto que te expresas
en términos castellanos
impropios de estos salvajes;
—no me eches esos ojazos,
que no lo digo por ti.—
Tu acento y porte gallardo
te ponen á mi nivel.
GUAR. Estoy yo mucho más alto.
RUIZ ¿Quién eres tú?
GUAR. Soi sobrino
del cacique Caonabo.
RUIZ Pues ese si que es salvaje
por todos cuatro costados.

GUAR. No le ultraje, ó por la vida
de mi padre!...

RUIZ ¡Mil venablos!
¿También jura con los nombres
por quien nosotros juramos?
Vente á España con nosotros.

GUAR. No quiero ser castellano.
Ya fuí á Castilla, y viví
en la corte más de un año.
Vuestro Almirante, por dar
placer á sus soberanos
formó el grupo más brillante
de mis vecinos y hermanos,
y allá nos llevó, y el mar
no enterró en su seno el barco.
Luego el mal tono, y las penas,
ya ves... nos civilizaron,
como vosotros decís.
Maldita la aleve mano
que me arrancó de mi hogar,
del amor de mis hermanos,
de la sombra de mis bosques,
y de la luz de mis campos.

RUIZ No eches otra maldición,
que te divido de un tajo.

GUAR. Eso sí: siempre dispuesto
el acero, y listo el látigo.

RUIZ Quien bien te quiera . . . ya sabes
lo que dice aquel adagio.
En fin: sigue, que me gustas
por lo audaz, y agudo, y franco.

GUAR. Después, á mi vuelta, aquí
(Llevándose la mano al corazón.)

me hirió un mortal desengaño.

RUIZ Ya, vamos: alguna hembra
por lo visto anda en el ajo.
Alguna india de aspecto
feroz; algún marimacho.

GUAR. No hay en toda la extensión
del cielo, ni un solo astro
cuya luz no eclipse el brillo
de sus ojos.—¿Mas yo qué hablo
contigo de esto? Ella es reina,
y tú hombre humilde y bajo.

RUIZ Sigue, que me gusta.

GUAR. No.—
Y en cuanto á ese soldado...

RUIZ ¿De quién hablas?

GUAR. De Miguel.

RUIZ ¿Miguel Diaz?

GUAR. Hombre malo.

RUIZ Para lo que han de durar
sus maldades... Hoy le ahorcamos.

GUAR. Lo sé; dentro de una hora
entregará su alma al diablo.
Por eso he venido: quiero
presenciar el espectáculo.

RUIZ Su delito es gordo; yo
no estoy, en verdad, al cabo
de toda su culpa.

GUAR. Pues
yo la conozco.

RUIZ Cuenta algo.

GUAR. Vuestra insaciable codicia
de oro, y ambición de mando,
cegó á Díaz; y siguiendo

el ejemplo sanguinario
de Roldán...

RUIZ — Contra ése habla
cuanto quieras; ese es malo.

GUAR. — Miguel servía á las órdenes
del famoso Adelantado,
de Bartolomé Colón:
pero desertó el villano
de sus filas, ocho meses
hará, capitaneando
una turba; y recorriendo
esos dilatados campos,
logró llegar al florido
vergel, ya desierto árido,
del que era reina feliz
la mujer que sigo y amo.
Allí la encontró ese hombre
fatal, y ella... y él... ambos
con eslabones de muerte
á su destino me ataron.

RUIZ — ¿De muerte? También á ti
te huele el pescuezo á cáñamo.

GUAR. — Por ella... sólo por ella...

RUIZ — ¡Silencio! El Adelantado.

(Los soldados aparecen y forman en el fondo, haciendo paso al Adelantado. Bartolomé Colón entra acompañado de un fraile, y ambos se dirigen á la primera puerta lateral de la izquierda donde se detienen conversando en voz baja. Catalina entra detrás, y al llegar con gran abatimiento al centro de la escena, cae de rodillas delante de la imagen de la Virgen. Guarionex queda entreoculto en un ángulo del fondo detrás de la alacena acechando los movimientos de Catalina. Ruiz se une á los soldados y desaparece con ellos; después de un momento, el fraile penetra en el encierro de Miguel Díaz. Bartolomé se dirige lentamente al fondo contemplando la actitud de Catalina, quien al sentirle pasar se incorpora deteniéndole rápidamente.)

ESCENA II

CATALINA, BARTOLOMÉ, GUARIONEX en el fondo.

CAT. Oídme, señor. (Con la acción de arrodillarse.)
BART. Levanta.
CAT. Una palabra.
BART. Es en vano.
CAT. ¡El perdón!
BART. No está en mi mano.
CAT. ¡Por Dios!... ¡Por la Virgen santa!
BART. No me persigas ni ruegues
con tan lastimero afán,
que de nada servirán
cuantas razones alegues.
CAT. ¡Sois muy cruel!
BART. No en verdad.
CAT. Yo os he rogado de hinojos.
BART. Y yo accedí á tus antojos
con excesiva bondad.
Viniste en pos de Miguel;
verle y hablarle querías,
y hallaste todos los días
fácil entrada hasta él.
Y ahora á verle vas aquí.
CAT. Verle y hablarle deseo;
pero, ay, señor, que le veo
lejos, muy lejos de mí!
¡Qué mucho, en trance tan fuerte,
que á mí dolor me abandone,
si entre los dos se interpone
el espectro de la muerte!

BART. Bien. (Marchándose)
Ni una palabra más.
CAT. ¡Ah, señor! (Procurando detenerle)
BART. Sella la boca.
CAT. Tenéis corazón de roca.
BART. Ciega y delirante estás.
No hay clemencia; no hay perdón!
Mas piensa, aun hecho lo hecho,
que no es dura roca el pecho
de Bartolomé Colón.
Motéjanme de severo,
de inexorable tal vez:
mas antes que hombre soy juez,
y mi deber es primero.
Piensa, cuando sin cesar
lloras y pides por él,
que el delito de Miguel
no es fácil de perdonar.
Con ímpetu sanguinario
á un compañero insultó,
y en el terreno dejó
mal herido á su adversario;
y en esta ruda jornada,
con bárbara rebeldía
huyó de mí, en compañía
de gente por él alzada;
y corrió en su vil deseo
los más ocultos lugares,
llevando á vuestros hogares
la destrucción y el saqueo.
CAT. (Con viva energía). No es verdad.
BART. Verdad palpable.
CAT. Es calumnia.

BART. Es realidad.
CAT. Miguel es todo bondad.
BART. Miguel es un miserable.
¿Y cómo á ensalzar te atreves
la bondad de esos villanos,
cuando á tus propios hermanos
hieren sus hechos aleves?
¿Cómo extrañas que me irrite
que el delito de Miguel
imite en fiero tropel
al del cruel Margarite?
Por ellos corre la voz
en vuestra región indiana
que mi gente castellana
es implacable y feroz.
No es verdad: con fe española
vuestro bien procura y trata;
y ni atropella, ni mata,
ni destruye, ni viola.
CAT. Cierto, señor: pero insisto
en que Miguel es extraño
á todo crimen ni daño
en contra á la fe de Cristo.
BART. ¡De Cristo dices! ¿Qué entiendes
tú de nombre tan sagrado?
En tu miserable estado
tan alto bien no comprendes.
CAT. Sí: que sé amar y creer,
y en su fe y amor aliento;
y por Miguel solo, siento
regenerado mi ser:
que librándome del mal
en que sumida me vió,

la Santa Gracia me dió
en la pila bautismal.

BART. ¿Tú cristiana?

CAT. Por él, sí.

BART. Mas tú fuiste al fin y al cabo
del cacique Caonabo
la favorita.

CAT. ¡Ay de mí!
Que esa calumnia villana
tambien á Miguel hirió;
pero la rechazo yo
con toda mi fe cristiana.
Y guardad en la memoria,
como postrer despedida,
de mi desdichada vida
la triste y variada historia.
Encomendada mi infancia
al amor de mis mayores,
perdí mis años mejores
en la mas ciega ignorancia.
Como herencia paternal
ceñí á mi sien la corona
de reina, y Anacaona
fué mi nombre primordial.
Después, por gracia divina
del cielo, conocí á un hombre,
y por él recibí el nombre
cristiano de Catalina.
Era Miguel; y gran fama
ganaron su porte y brío
en mi vasto señorío
desde el Yagüi hasta el Ozama;
pues, por sus nobles ideas

y arrojado corazón,
era digno campeón
de las huestes europeas.
Y nó la ambicion de mando;
nó la de oro le ofuscó:
vuestro campo abandonó.
mas, ¿quién sabe por qué y cuándo?
Quizá por vos perseguido
tras de su lance fatal,
quiso remediar un mal
y en mayor mal ha caído.
Mas pensar que Miguel sea
capaz de dolo y traición,
¡jamás! En su corazón
no cabe mancha tan fea.
¿Quién, al verle un solo instante
no rinde á sus pies la palma?
¡Si es bueno; si toda el alma
se retrata en su semblante!
Y su alma es honrada y fiel;
es noble, es pura. ¡Señor! . . .
pues ¿de qué sirve el amor
que siento yo aquí por él?
No hay, en fin, otro hombre igual
en vuestra altiva campaña,
ni á salir llegó de España
persona más principal.

BART. Basta ya, por Belcebú,
de inútil conversación,
porque es ciega la pasión,
y con pasión hablas tú.
No me persigas ni ruegues,
otra vez vuelvo á decir,

pues de nada han de servir
cuantas razones alegues.

CAT. Muévaos á compasión
la humildad con que os la pido;
por vuestro hermano querido,
el gran Cristóbal Colón.

BART. No me invoques á mi hermano
en esta lucha cruel;
no me compares á él:
él es divino; yo humano.
No hay á tal crimen piedad:
Miguel aquí va á venir;
mas de él te has de despedir
por toda una eternidad.

(Bartolomé penetra en el encierro de Miguel Diaz, primera puerta de la izquierda. Catalina le sigue con la vista hasta verle dentro; después recorre y examina la estancia. Guarionex espía sus movimientos ocultándose á su vista.)

ESCENA III

CATALINA, GUARIONEX

CAT. ¡Oh! no ha de vencer de mí
tu voluntad absoluta.
Sola estoy. Los centinelas
esta sola parte ocupan. (La del fondo.)
Nadie sospecha que busco
por esta otra la fuga,
(La del primer término de la derecha.)
y la alcanzaré, que aun tengo
gente que me preste ayuda.

Esta reja. . . un solo hierro
falta arrancar. . . (Registrando la reja.)
¡Oh, ventura!
qué bien mi esclavo Zabí
mis órdenes ejecuta.
Limado está: ¿terminó
su obra en la sombra oscura
de la noche? (Forcejeando.)
No. . . no cede:
y es su salvación. . . ¡la única!
¡Oh, sí! Yo lo arrancaré
con las manos. . . con las uñas. . .
(Catalina logra arrancar el hierro, que cae al suelo.)

GUAR. (Sorprendiendo de pronto á Catalina.)
¿Qué haces?

CAT. (Sobrecogida.) ¿Y qué haces tú aquí?
¿Qué traes. . . qué espías. . . qué buscas?

GUAR. No temas: yo he sorprendido
tu intención. La creo absurda;
y tan insensato creo
todo proyecto de fuga,
que te prometo tener
ciega vista, y lengua muda.

CAT. No te creo, Guarionex:
alguna intención ocultas.

GUAR. ¿Con qué fin?

CAT. Con el de hallar
venganza á tu saña injusta.
Tu odias á Miguel; celoso
de mi amor, su muerte buscas.

GUAR. ¿Y á qué buscar yo su muerte,
si no hay ya esperanza alguna
de salvación? Además,

¿tan miserable me juzgas
que siga amándote? Nó:
renuncio á tu amor.

CAT. (Recelosa.) ¿Renuncias?

GUAR. Contra tus fieros desdenes
se alza mi orgullosa alcurnia:
si fuiste reina, hijo soy
de la rama fuerte y dura
del cacique Guarionex;
del que venció en bravas luchas
en los montes de Cibao
y en sus fértiles llanuras.
¿Mas á qué entrar en palabras
que á mi corazón repugnan?
No ya en tu amor, en razones
más altas mi odio se funda.
Á donde llevan la planta
estos hombres que se juzgan
civilizados, no hay sitio
ni Estado que no sucumba.
Uno de ellos es Miguel;
provocó mi ardiente furia,
y le odio por ley de raza.
Pero la mala fortuna
le persiguió: y en verdad
que fué fácil su captura;
puede decirse que él mismo
se entregó.

CAT. Sin duda alguna.

GUAR. Pues ni esa circunstancia
le librará de la furia
del Adelantado: no hay
con él lágrimas ni súplicas.

Estas gentes que tú sigues
tienen las entrañas duras.

CAT. No es verdad.

GUAR. ¿Quieres más prueba?

CAT. ¿Dónde está?

GUAR. ¿Tú lo preguntas?
Te he visto, te he oído; y tanto
me hirieron tus amarguras,
y tus suplicantes ayes,
que como flechas agudas
en mi corazón cayeron
tus palabras una á una.
Yo ignorante y descreído,
él cristiano y sabio en suma;
él insensible á tus ruegos,
yo por ti muerto de angustia,
díme tú cuál de los dos
tiene alma más noble y pura.

CAT. (Dice bien.)

GUAR. Yo sé de ti
todo cuanto en vano ocultas.
Aun en la isla de Jaragua,
á cuyo imperio renuncias,
tienes fieles servidores;
y uno de ellos partió en busca
del Almirante, llevando
locas pretensiones tuyas:
ponderarías en ellas
la honradez y bondad suma
de tu Miguel; le hablarías
de vuestra pasión profunda,
implorando su perdón
entre lágrimas y súplicas.

Pero todas tus activas
diligencias serán nulas,
porque el Almirante se halla
lejos de aquí.

CAT. (¡Oh, desventura!)

GUAR. Y la hora del suplicio
avanza terrible y muda.
No hay ya salvación posible;
no hay ya esperanza ninguna.

CAT. ¡Ah, sí! Una tengo.

GUAR. ¿Cuál es?

CAT. Mi fe cristiana.

GUAR. ¡Locura!
Pero ya que á tus creencias
las mías quieres que una,
yo, que siento aquí vagar
la muerte fiera y sañuda,
consentiré en tu deseo
con estas palabras últimas:
si por rara maravilla,
por milagro de la altura
libran de la horca á Miguel,
ó por ti logra la fuga,
creeré que es hijo del cielo,
que el alto Dios le da ayuda,
y le adoraré rendido
por divina criatura.

CAT. Pues ya aliento mi esperanza
ahora con más fe que nunca:
salvar su vida y tu alma
á la par, ¿qué más ventura?

GUAR. ¿Quién llega?—El Adelantado.

ESCENA IV

CATALINA, GUARIONEX, BARTOLOMÉ

BART. (Saliendo del encierro de Miguel y dirigiéndose á Catalina.)
De nuevo accedí á tu súplica.
Miguel viene.—Sal de aquí. (Á Guarionex.)
(Guarionex se aleja.)

GUAR. (Vigilaré.) (Desaparece por el fondo derecha.)

CAT. ¡Horrible angustia!
(Bartolomé se va por el fondo, izquierda)

ESCENA V

CATALINA, MIGUEL

CAT. ¡Ah, Miguel!

MIGUEL ¡Bien de mi vida!
Ven aquí. (Quedan estrechamente abrazados.)
Alienta en mis brazos,
y lógrese en dulces lazos
nuestra amante despedida.

CAT. ¡Nó! no me hables de esa suerte.
¿Despedida eterna?... ¡Nó!
que aun sabré arrancarte yo
de los brazos de la muerte.

(Desprendiéndose de los brazos de Miguel, y hablando con el mayor sigilo, examinando el fondo de la estancia.)

Calla... ¿lo ves? Ya se han ido;
nadie nos mira ni acecha.

¿No lo ves? Nadie sospecha
que tu fuga he prevenido.

MIGUEL ¿Qué dices?

CAT. Yo hice arrancar
dos hierros de esa ventana
que da á la selva cercana
donde es fácil penetrar:
y una vez en lo intrincado
de su seno...

MIGUEL ¿Estás demente?

CAT. Nó: por él mi brava gente
nos guiará; no hay cuidado.
Tu salvación es segura.
¿Quién por tan oculta senda
te ha de seguir? Quien lo emprenda
se perderá en la espesura.

MIGUEL ¿Y has podido concebir
tan inicuo pensamiento?
¿Y piensas que en tal momento
tus pasos he de seguir?
Aleja las guardas... ¡Oh!
Rompe más rejas, ¿qué tardas?
¿qué más rejas, ni mas guardas
que las que me impuse yo?
¿Yo huir? ¡Intento maldito!
Si hasta aquí fuí delincuente,
no he de mancillar mi frente
con ese nuevo delito;
pues muriendo en la partida,
viviré en la estimación
de mi almirante Colón,
que tengo en más que la vida.

CAT. ¿Y yo, Miguel? ¿Ya te ofende

mi amor?... ¡Ofuscado estás!
¡Calma!... ¡Ten calma!... Verás...
óyeme... escucha... atiende.
Para ti hice preparar
en mi vega idolatrada,
la más alegre morada
que es posible imaginar.
En esa mansión de amores
está la dicha, Miguel:
es un oculto vergel
lleno de frutas y flores.
Allí nuestro bien está;
y unidos allí los dos,
tu vida pediré á Dios,
y Dios me la otorgará.
¡Y cuán feliz me has de hacer,
y cuánto bien te he de dar,
y cuánto te he de cuidar,
y cuánto me has de querer!
A tu voluntad rendida
la adivinaré en tus ojos:
satisfacer tus antojos
será el afán de mi vida.
La alegría que en ti vea
esa será mi alegría;
y atormentará la mía
la pena que en tu alma lea.
¡Ven... huyamos! Si merezco
que te obligue mi ternura,
premia con igual ventura
la ventura que te ofrezco.
¡Ven! Alegría y dolor
partiré contigo allí.

¿Qué más exiges de mí?
¿Qué más pides á mi amor?

MIGUEL Pido, que en este momento
seques el llanto que arrojas:
que en tu corazón recojas
mi profundo sentimiento.
Pido alejarme de ti
con el consuelo de ver
fortalecido tu sér
con la fe que yo te dí.
Pido, al pie del ataud,
que en nuestro mutuo afanar
nadie te pueda igualar
en grandeza, ni en virtud.
Pido, en fin, que en esta tierna
despedida, tu oración
baste á ganar mi perdón
y mi salvación eterna.
Que conserves mi recuerdo;
que el tuyo conmigo va:
y así, noche y día, ya
que en esta vida te pierdo,
yo seré la luz que mires;
seré la virtud que intentes,
el aliento que tú alientes,
el suspiro que suspires.

CAT. ¡Ay, Miguel! que no me es dado
escuchar tu amante acento
sin desfallecer, y siento
el corazón desgarrado.

MIGUEL Ven... alienta... vuelve en ti:
eleva tu alma angustiada
á esfera mas dilatada,

y toma ejemplo de mí.
¿Qué es ésta senda de abrojos
que llaman vida? ¡Humo... nada!
No hay dicha en ella lograda
sin costar llanto á los ojos.
Rápida se deslizó
la mía; y al terminar,
logre al menos alcanzar
que acabe como empezó.
Porque los tuyos acaban
su triste vida en desiertos,
y para enterrar los muertos
un mísero hoyo cavan;
y los míos, con fe pura,
dan, en el trance fatal,
auxilio espiritual
y piadosa sepultura.
No te ofenda esta verdad
que ya alcanza tu razón,
y guarda en tu corazón
mi postrera voluntad.
Falté al deber de soldado,
y el fallo era de rigor:
no guardes por él rencor
al muy noble Adelantado;
que Ojeda, Ovando, Roldán,
y Margarite el cruel;
todos son ya contra él,
y su ira excitando van.
Y yo, Catalina, yo
soy mas criminal que aquellos.

CAT. Del bien ó el mal que hagan ellos
¿piensas que me importa? Nó.

Yo sólo quiero salvar
tu vida.

MIGUEL (Designando la reja.) Mas no hay allí
salvación.

CAT. ¿Pues dónde?

MIGUEL (Indicando la imagen de la Virgen.) Aquí.

CAT. ¡Virgen mía! (Dirigiéndose al sitio.)

MIGUEL Vé á rezar.

ESCENA VI

(En este momento se oye un prolongado toque de clarín, seguido de unas campanadas lentas y lejanas, dando principio un *Ave María* en la orquesta, y después el coro lejano que indica ser de los soldados. Bartolomé aparece en el fondo y avanza hacia el proscenio.)

MIGUEL ¡La hora fatal!

CAT. ¡Ah, Miguel!

MIGUEL ¡Vamos!.. Ten resignación;
¿no buscas mi salvación?
Reza. (¡Suplicio cruel!)

(Óyese dentro y convenientemente lejano el siguiente pregón precedido de un toque de clarín que á su final se repite.)

"Orden.—Truécase por la de arcabuz la pena de horca, en la justicia mandada hacer en la persona del soldado Miguel Díaz."

MIGUEL ¡Oh, dicha! ¡Arcabuceado!
Gracias por tanto favor. (Á Bartolomé.)
De esa manera, señor,
debe morir un soldado.
Y ya que tan favorable

os hallo, dadme licencia
de que en esta eterna ausencia
á mis compañeros hable.

(Bartolomé hace una seña de asentimiento alejándose después por el fondo. Los soldados forman corro en rededor de Miguel. Catalina permanece á los pies de la imagen de la Virgen. Guarionex sigue con atención creciente la relación de Miguel, en un ángulo, segundo término. Cuadro.)

ESCENA VII

MIGUEL Oídme, amigos: en mi breve historia
hay algo de mi culpa en desagravio
que á referiros voy; hechos de gloria
de un héroe invicto os contará mi labio,
á cuya santa y eternal memoria,
por noble, y arrojado, y fuerte, y sabio,
y por ser de virtudes alto ejemplo,
en mi pecho leal elevé un templo.
Hablo del gran Colón: en su camino
él me tendió la protectora mano
para cruzar con ímpetu divino,
de Saltes por la barra, el Oceano.
Contar de este viaje peregrino
las terribles fatigas, fuera en vano;
harto son ya del orbe conocidas,
por Cristóbal Colón enaltecidas.
De una noche no más hablaros quiero
en la que atento al orden pasé en vela;
nuestro bravo Almirante fué el primero
de la tripulación fiel centinela;
la turba airada, en ademán artero,

la acción del Almirante espía y cela;
y descreída, noche, día y tarde,
de su aviesa intención hacía alarde.
Á la nave empujaba el aire manso;
la gente buena, tras la faena ruda,
se cobijaba al natural descanso.
Todo era soledad y calma muda,
y la nave bogaba á pie de ganso;
todo nos daba en el viaje ayuda:
quietud desde la quilla á las entenas,
y las serenas olas, más serenas.
Yo conseguí, por mi rendido trato,
del buen Colón ganar la simpatía;
para mí, un gesto suyo era un mandato:
yo á mis francos coloquios le atraía,
y con tosco lenguaje, para él grato,
en silenciosas voces le decía:
"Señor, á dónde vamos de esta suerte,
sin que antes de llegar, llegue la muerte?
¿Un mundo á buscar vais? Sus moradores,
aun suponiendo que con ellos demos,
de su vasta región serán señores.
¿Pues es justo que airados perturbemos
de su naciente estado los albores?
Antes que á nuestra fe los resignemos,
se moverán las huestes aguerridas
á defender sus fueros y sus vidas."
"Tienes razón, Miguel; con eso cuento:
respondió el Almirante conmovido.
Mas la fe y el amor guían mi intento;
nosotros vamos donde nadie ha ido.
De nuestro Dios al Sacrosanto aliento
sucumbirá ese ejército aguerrido;

y pensará, cuando su bien robamos,
que vale mucho más el que le damos.
"El Hombre-Dios, Miguel; el Ser Divino,
Ungido del Señor, guía mi planta;
cubriendo va de triunfos mi camino:
mi voz inspira su palabra santa,
y si mi alta misión por Él termino,
tras tanta lucha, y tras fatiga tanta,
allá en Jerusalem después insisto,
y el Santo cuerpo libraré de Cristo."—
De improviso se alzó borrasca fiera:
la fresca brisa, en vendabal trocada,
enrareció después la azul esfera
con espantosa novedad manchada.
Brilló en las nubes la sulfúrea hoguera,
y con fuerza bravía y desusada
se alzó la mar, y el trueno retumbando,
amenazas de muerte murmurando.
Luego al furor de embravecidos vientos
se hizo la situación mas ruda y grave.
Quién prorrumpía en bárbaros lamentos;
quién en una oración lenta y süave:
quién en gritos y llanto y juramentos,
y aun la madera de la frágil nave,
lejos ya de las playas españolas,
sentí gemir sobre las bravas olas.
Volver la proa atrás, de espanto llena,
quiso la chusma en tan tremenda hora:
nada su empuje bárbaro refrena,
ni su sed de venganza asoladora.
De las olas la furia el aire atruena;
y hasta el monstruo feroz que dentro mora,
al oír el estruendo y gritería

en el fondo del mar se estremecía.
Yo contemplé la faz del Almirante
curtida al vendabal, y al sol tostada,
palidecer con ira amenazante:
asestando terrible puñalada,
un hombre á él se atrevió; mas al instante
yo la traidora acción dejé burlada,
y al villano á mis pies tendió mi brío,
sin ver el gran Colón este hecho mío.—
Y quede aquí la hístoria rematada,
que el tiempo corre, y terminar anhelo.
Compañeros, adiós; mi hora es llegada:
la vuestra aleje y favorezca el cielo.—
Y tú, Dios mío, á la eternal morada
concédeme llevar para consuelo,
como escabel para ganar tu gloria,
de Cristobal Colón la alta memoria.

(Al terminar Miguel la relación, los soldados se extienden lentamente por la escena con aspecto contristado. Óyese de nuevo el acompasado toque de la campana. Miguel se acerca al fraile, bajo cuyos brazos se ampara con el mayor recogimiento, designando al mismo tiempo la abismada actitud de Catalina, como llamando hacia ella consuelos y protección.—Bartolomé aparece en el fondo, y baja á la escena, contemplando la situación. La orquesta acompaña el momento.—Breve pausa.)

ESCENA VIII

(Ruiz llega después apresuradamente por el fondo, y dirigiéndose á Bartolomé, dice:)

RUIZ — Señor, llegó en este instante,
ganando horas, un soldado,
con este pliego cerrado
para vos.

BART. (Al tomar el pliego.) Del Almirante.

(Abriendo y leyendo el pliego.)

"Suspéndase hasta mi llegada toda ejecución en la persona del reo."

(Leyendo el sobre de una carta que viene dentro del pliego.) "Para entregar al soldado Miguel Diaz."

MIGUEL Para mí. ¡Dios soberano!

BART. Toma.

MIGUEL ¡Su letra!... ¡De él!

(Llevando la carta á los labios, y conteniéndose un instante al ser interrumpido por Bartolomé.)

Dejad que bese el papel,
señor, que es de vuestro hermano.

(Catalina se incorpora con la mayor avidez para oír la lectura de la carta: todos imitan su acción).

MIGUEL (Leyendo.) "Yo sé, no importa por quién,
que en esa triste prisión
aun vive en tu corazón
aquel amor hacia el bien
que te dió mi estimación.

(Deteniéndose un momento con voz profundamente emocionada por el dulce bien que le produce el final de la primera quintilla, y de igual modo las tres siguientes, hasta acabar anegado en llanto.)

Yo sé que aun guarda tu aliento
tesoros de amor y fe;
disipa tu sentimiento:
si grande la culpa, fué
mayor tu arrepentimiento.
Yo, Miguel, te conocí
de los buenos el mejor:
y pues aun sigues así,
vive hoy en tu nuevo amor

como vives para mí.
¿Cómo te he de condenar?
Dios grabó en las almas dos
preceptos: "creer y amar";
y todas han de acatar
los mandamientos de Dios."

(El talento y las condiciones artísticas de los actores, deben suplir aquí cuantas acotaciones se hicieren, sobre todo en Catalina, para expresar los opuestos sentimientos de cada cual, durante la lectura de la carta y después de terminada.)

MIGUEL (Con la más viva expansión.)
Este es el hombre que tanto
los siglos ensalzarán,
y ambos mundos cubrirán
de gloria su nombre santo.
El de sano corazón;
el fuerte, el noble, el cortés,
el justo, el sabio: este es
el gran Cristóbal Colón!

(Toque de clarín, y voces cercanas gritando: "El Almirante", "El Almirante")

MIGUEL ¡El es! ¡Oh, supremo instante! (A Catalina.)
Trueca en placer el dolor,
y rindamos nuestro amor
á los pies del Almirante.

ESCENA IX

(Cristóbal Colón aparecerá en el fondo, iluminando su figura la mayor luz posible. Miguel y Catalina caen de rodillas á sus pies.)

COLÓN (Exclamando con unción sacerdotal.)
¡Oh! tú, Miguel, y todos los que gimen,

y sus culpas por fe y amor redimen,
y en la Gracia de Dios vivir desean,
en el nombre de Dios, benditos sean!

(La débil melodía que acompaña las palabras de Colón, se desarrolla con mayor fuerza, á la caída lenta del telón.—Colón llega á Miguel y á Catalina tendiendo las manos sobre sus cabezas; después los levanta y une las manos con la mayor ternura.—Guarionex se acerca al fraile, en cuyos brazos se cobija con gran humildad, mientras tiende una mano á Bartolomé, que este estrecha en las suyas sin la menor violencia.—Los soldados se inclinan ante Colón, coronando el cuadro.)

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PECADOS VENIALES.—Comedia en tres actos.
UNO DE TANTOS.—Comedia en un acto.
LA HIJA DEL REGIMIENTO.—Zarzuela en tres actos.
UN RETRATO Á QUEMA-ROPA.—Juguete cómico en un acto.
NATIVA.—Drama en tres actos.
EL TAMBOR.—Zarzuela en un acto.
LA HIJA DEL PUEBLO.—Zarzuela en dos actos.
Á LOS PIES DE USTED, SEÑORA.—Comedia en un acto.
LA VOLUNTAD DE LA NIÑA.—Zarzuela en un acto.
MARTA.—Zarzuela en cuatro actos. (En colaboración con don Manuel del Palacio)
LA MULA DE MI DOCTOR.—Comedia en un acto.
LA REINA TOPACIO.—Zarzuela en tres actos.
PLAZA SITIADA...—Proverbio en un acto.
LA HIJA DEL CONTRABANDISTA.—Zarzuela en un acto.
DON RAMÓN DE LA CRUZ.—Cuadro dramático en un acto.
ANTES DEL BAILE, EN EL BAILE Y DESPUÉS DEL BAILE. —Zarzuela en un acto. (En colaboración con don Manuel del Palacio.)
AMOR, HONOR Y PODER.—Comedia en tres actos. (Refundición.)
LA CUESTIÓN DE ORIENTE.—Zarzuela en un acto. (En colaboración con don Ramón Rodríguez Correa.)
LAS AMAZONAS DEL TORMES.—Zarzuela en dos actos.
LA SOMBRA DEL PORTERO.—Zarzuela en tres actos.
LOS DIAMANTES NEGROS.—Zarzuela en tres actos.
UNA MEMORIA BENDITA.—Comedia en tres actos.
ÁNGELES Y SERAFINES.—Juguete cómico en un acto.
DERECHO DE REUNIÓN.—Comedia en un acto.
CUMPLIR CON SU OBLIGACIÓN.—Comedia en tres actos. (Refundición.)
Á PARTIR CON EL DIABLO.—Zarzuela en tres actos.
LA BUENA CAUSA.—Drama en un acto.

La virgen de la Paloma.—Melodrama en cinco actos. (En colaboración con don Julio Nombela.)

Café-teatro y restaurant-cantante.—Zarzuela en un acto.

Esos son otros López.—Comedia en un acto.

Una noche en el castillo.—Zarzuela en un acto.

Herida en el alma.—Drama en un acto.

Los tres inválidos.—Capricho comico-bailable en un acto.

Propósito de mujer.—Zarzuela en un acto.

El secreto á voces.—Comedia en tres actos. (Refundición.)

Las manzanas de oro.—Comedia de magia en tres actos y diez cuadros. (En colaboración con don Eusebio Blasco.)

Los pretendientes.—Comedia en un acto.

Galatea.—Zarzuela en dos actos. (En colaboración con don Francisco Camprodón.)

Desde la Granja a Segovia.—Comedia en dos actos.

El primer negocio.—Comedia en tres actos.

Sobre arenas.—Zarzuela en tres actos.

La fiesta del hogar.—Comedia en tres actos. (En colaboración con don Ricardo Puente y Brañas.)

El último paraguas.—Zarzuela en dos actos.

El hijo de la bruja.—Zarzuela de gran espectáculo, en tres actos y ocho cuadros.

El inspector del distrito.—Comedia en dos actos.

La Cruz de Mayo.—Comedia en un acto.

Juana, Juanita y Juanilla.—Zarzuela en tres actos.

La morena y la rubia.—Comedia en un acto.

El castigo sin venganza.—Drama en tres actos. (Refundición.)

Un inglés buscando hombres.—Propósito cómico en dos actos. (En colaboración con don Ricardo Puente y Brañas.)

Los dos sargentos.—Zarzuela en tres actos.

El mágico prodigioso.—Comedia en tres actos. (Refundición.)

Las violetas.—Comedia en un acto.

La nuera.—Comedia en tres actos.

La boda de la Polonia.—Zarzuela en un acto.

Curriya.—Zarzuela en un acto.

Juanito Gil.—Comedia en un acto.

Locos de amor.—Zarzuela en un acto.

Los dengues de la niña.—Comedia en tres actos.

La solterona.—Zarzuela en un acto.

La banda del rey.—Zarzuela en tres actos.

El cepillo de las ánimas.—Zarzuela en tres actos.

Las hazañas de Hércules.—Zarzuela en tres actos, de gran espectáculo.

El monstruo de la fortuna.—Drama en tres actos. (Refundición.)

Amor y fe.—Episodio histórico-dramático en un acto.